

The artwork is a complex digital collage. It features a grid of various images, including faces, abstract patterns, and textures. The color palette is dominated by bright, saturated colors like red, yellow, green, and blue, with some darker areas in black and purple. The overall effect is a dense, multi-layered composition that suggests a digital or cyber theme.

# CIBERMAN

Cristina Esteegmann

© Cristina Esteegmann Pascual  
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.  
San Sotero, 8. 4ª planta  
28037 Madrid

## Ciberman

Mi nombre es Laura. Laura Pascual.

Tengo veinticinco años y soy modelo publicitaria. Estoy reclinada sobre un mullido cojín, encima del sofá que tantos recuerdos evoca a mi memoria, hojeando una revista de las del corazón y, para mi sorpresa, acabo de leer a grandes titulares, que el pasado sábado el apuesto y galante Mario Bugatti no había asistido a la fiesta de celebración del 97º aniversario del Real Automóvil Club de España por encontrarse aquejado de una virasis. Para mis adentros me he reído y me he preguntado si acaso el microbio causante de su dolencia habría sido algún tastaratazo...

Conocí a Mario en un karaoke de Madrid, ciudad que aun no siendo la de mi nacimiento, pues éste ocurrió en un pequeño pueblo de Ciudad Real que abandoné al cumplir la mayoría de edad por motivos profesionales, siento como propia. Desde hacía algunos meses frecuentaba aquel lugar; me gustaba comprobar hasta qué punto la gente era capaz de liberar sus timideces y, micrófono en mano, se lanzaban al escenario a interpretar aquella canción que mejor conocía, mejor entonaba o, simplemente, mejor recuerdo le aportaba.

Cuando la noche de aquel 25 de diciembre él atravesó el umbral del local, yo me hallaba canturreando -si así se le pueden llamar a aquellos sonidos que emergían de mi cuello- una balada de Alaska y los Pegamoides, "A quién le importa". Su presencia allí captó mi atención y rápidamente le reconocí. Se trataba de Mario Bugatti, conde de Bartoli, procedente de la aristocracia italiana y asiduo en las portadas de la prensa rosa, normalmente debido a sus devaneos amorosos, desde su llegada a España hacía poco más de tres años, motivo por el cual popularmente se le llamaba el rey de corazones. Sabía que no tenía novia oficial alguna, aunque había estado relacionado con más de una amiga de célebre renombre. Incluso su sexo había sido motivo de portada ya que, debido a las extraordinarias dimensiones que éste llegaba a adquirir en los momentos cumbres, era envidiado por más de uno y de una.

Más que guapo yo lo definiría como un interesante adonis; era joven -rondaba los treinta y pocos años-, alto, moreno, de ojos penetrantes y con una piel tersa, bronceada a la vez que sati-



nada. Iba limpio y bien vestido, llevaba un traje que le sentaba estupendamente el cual recubría a una camisa blanca, abierta, que dejaba entrever el inicio del pecho y por sus mangas, arremangadas, sobresalían unos fornidos y musculosos bíceps. Comprobé que se interesaba por mí; no me lo podía creer, pero era cierto. Su dedo índice señalaba en mi dirección y al finalizar mi actuación y descender del estrado se me acercó. Nos presentamos mutuamente, él me invitó a una copa, bailamos pegados al son de un falso Sergio Dalma, cantamos el bolero “No sé por qué te quiero” y, después de intercambiarnos nuestros respectivos teléfonos, nos despedimos con un “hasta pronto” y un par de besos en sendas mejillas.

A partir de aquel encuentro nuestra amistad, y relación, fue en aumento. Durante la semana siguiente nos llamamos a diario, salimos a cenar en tres ocasiones, durante el fin de semana hicimos el amor en mi apartamento y celebramos la entrada del Nuevo Año jurándonos amor eterno. Mario volvió a aparecer en las portadas de las revistas, esta vez por habersele visto paseando por Madrid acompañado de una joven modelo desconocida hasta entonces llamada Laura, con el consabido incremento en las ventas de los semanarios que la nueva conquista implicaba. Por mi parte, me sentía la mujer más dichosa del Universo: había dado con mi príncipe azul. Gozaba de buen físico, era educado, elegante, aristócrata... la perfecta representación del mítico “don Juan”, ¿qué más le podía pedir?

Fue al cabo de un mes de habernos conocido cuando, una noche después de revolcarnos sin medida el uno con el otro por todo el lecho, me comentó el deber que tenía de trasladarse ese fin de semana hasta Roma para asistir al cumpleaños de su abuela materna. Yo me quedé algo perpleja. No entendía el motivo por el cual yo no podía acompañarle. “Cariño mío, compréndeme. Es preferible que tú te quedes aquí -me decía con acento italiano mientras movía sus manos con vitalidad-. Ya llegará el momento en que conozcas a mi familia pero antes debemos consolidar nuestra relación. Piensa que yo ya he presentado en mi casa a más de una novia y rápidamente mi madre se encariña con ellas y luego, si la convivencia no funciona, es más difícil romper el vínculo”. Finalmente, después de un buen rato de charla, lo consiguió: me convenció. Luego sentenció: “Al fin y al cabo tan sólo será un fin de semana que además tú puedes aprovecharlo para estar con tu familia. El lunes, en cuanto haya regresado, te llamaré”. Saltó de la cama, se vistió, me dio un beso, me susurró al oído “te quiero” y se marchó.

Por aquellos avatares del azar, mi amiga Sonia -también modelo de profesión, la cual estaba al corriente de toda la historia entre Mario y yo- me telefoneó para ir a una fiesta que se celebraba, la noche del sábado, en el Gran Casino de la capital de España con motivo de la presentación en sociedad de una nueva línea de cosméticos. “Venga, no seas tonta, y ámate a venir; luego ya veremos qué hacemos, podemos ir a mover el esqueleto a alguna discoteca, ¿qué te parece?”, me insistía Sonia. Ella disponía de una entrada de sobra, ya que su compañero la acababa de dejar por otro; sí, ciertamente las cosas a veces suceden así, gracias a ella había descubierto que era gay. Me costó decirme pero, al final, opté por no guardar la ausencia a mi apolo particular. Tampoco hacía nada malo, rumié para mis adentros.

Justo al entrar a la sala de baile el corazón me saltó del cuerpo. No podía dar crédito a lo que mis ojos veían. Mario estaba allí; pero no celebrando el cumpleaños de su abuela con su familia, sino rodeado de unos largos y finos brazos de una bella carioca, mordiendo mutuamente a besos. Por fortuna para mí, la penumbra reinante en el ambiente hizo que yo pudiera contemplar aquel espectáculo sin que ellos tuvieran la más mínima sensación de que yo me hallaba allí. Los flashes no paraban de disparar, pensé que pronto un nuevo titular invadiría la prensa: “Una joven y exótica belleza cae seducida en los brazos de Mario Bugatti”.

Me excusé de Sonia achacando una repentina indigestión y regresé a casa para trazar febrilmente mi plan de venganza. Cuando hube finalizado, el Sol empezaba a salir y al amparo del alba me dormí plácidamente.

El lunes siguiente, puntualmente como me había anunciado, Mario me llamó. Se encontraba reventado de tanta reunión familiar; “menudo putón”, pensé yo. Sugerí celebrar su regreso con una romántica cena en mi piso. Él aceptó.

Cuando apareció por la puerta iba muy exultante, seguro que había tramado una larga noche de sexo, yo también estaba muy contenta pero por otro motivo: se acercaba el gran momento. Después del ágape, me fui a la cocina a preparar un par de güisquis. En uno de los vasos vertí tres gotitas de un líquido maravilloso que Sonia me había proporcionado, ya que ella disponía de gran experiencia en el arte de deshacerse de moscones desagradables. Tampoco es que deseara acabar mortalmente con él sino tan sólo enviarlo durante un rato a otro mundo y escarmentarle de su cabronería. Recostado en el sofá del salón me aguardaba Mario, le entregué su vaso, brindamos por nosotros y tragó por completo el líquido. En ese justo momento él empezó a bajarse la cremallera del pantalón y cogió mi mano con la suya para que buscara delicadamente, en la entrepierna, su sexo. Mientras tanto, con la otra mano, me desabrochó mi blusa y comenzó a besar ávidamente mis senos. Viendo que algo empezaba a fallar, ya que Mario continuaba masturbándose más y más y el veneno no hacía su efecto, y recordando la escena de la disco junto a la mulata, agarré el artilugio que encontré más a mano -una lámpara de hierro forjado manchego- y le atizé un golpe seco en medio de su cabeza. No me quedaba otra solución, eso o continuar siendo la tonta de turno que se deshace ante un desvergonzado vividor.

Del interior de su cuerpo salió un zumbido “piiiiiii...” y desfalleció al momento. Me asusté. ¿Qué había pasado? Tampoco la intensidad del testarazo había sido para tanto. Intenté que reaccionara. Nada. Su corazón había dejado de latir aunque, sorprendentemente, su piel continuaba con su color tostado habitual, ésta no había palidecido.

Llamé a Sonia, le expliqué lo ocurrido. Al poco rato, y con semblante dormido, se presentó en mi casa. “Tenemos que meter el cuerpo de Mario en el coche y llevárnoslo a mi piso. Yo ya averiguaré qué hacer con él. Tranquilízate y ayúdame”, me consoló ante mi desesperación. “¿Por qué me tiene que pasar a mí esta pesadilla? Yo soy una modelo y además de las mediocres, no soy la protagonista de ninguna película de Alfred Hitchcock”, me compadecía entre sollozos yo misma.

Una semana después del acontecimiento, la llamada de Sonia me despertó. “No te lo puedes ni imaginar. Parece ciencia ficción”. Llamaba para desvelarme aquel misterio. A medida que sus palabras me aclaraban lo acaecido, mi sorpresa iba en aumento hasta el punto que debí tomar asiento pues, de lo contrario, me hubiera desplomado cual flor sin tallo. Parecía una de aquellas historias para no dormir. Era increíble. Creo que tan sólo un adjetivo puede describir cuanto oí: alucinante.

¡Mario era un robot con piel humana! Algo así como un nuevo Frankenstein, Robocop o Terminator pero con fines seductores. Había sido ideado por un grupo de destacados informáticos norteamericanos, financiado por las editoriales propietarias de la prensa rosa y su diseño correspondía al del perfecto rompecorazones. Gracias a su inteligencia artificial, Mario era programado para sucumbir a la hembra con más popularidad del momento, los rotativos se hacían eco de sus conquistas y de esta forma las ventas estaban aseguradas. Al tratarse de un androide, su organismo no asimiló el veneno como tal y, por esta razón, no padeció sus efectos. La mala pata, si así se le puede llamar al incidente, se debió a que mi golpe le fue a dar justamente en el foco que regía todo su mecanismo informático. Y, como buen amasijo de herrumbre que era, se desmoronó totalmente.

“Pero Sonia, ¿por qué me eligió a mí, si conmigo no conseguía ningún morbo, al fin y al cabo yo no soy famosa ni asidua a aparecer en la prensa del corazón?”

“Laura, a veces las máquinas también se equivocan”.

Al cabo de unos días de todo aquel altercado Mario volvió a figurar en las portadas de las revistas, por haber persuadido a otra hermosa dama -en esta ocasión le había tocado el turno a la que fuera la amante de no sé qué presidente-, aunque todos los rotativos se hicieron eco de que durante unos días no había frecuentado ningún lugar público por hallarse en Estados Unidos, restableciéndose de una fuerte indisposición...